Defender a la humanidad y su medio ambiente

Un punto de vista marxista

Traducción al español



LCI
Liga Comunista Internacionalista

CONFERENCIAS MARXISTAS

Defender a la humanidad y su medio ambiente

Un punto de vista marxista

Conferencia del 12 de diciembre de 2020

Traducción al español

Les éditions du Travail
67, avenue Faidherbe, 93100 Montreuil
Imprenta: RAS 95400 Villiers-le-Bel
ISBN: 978-2-9559539-3-8
Depósito legal: febrero de 2021

«Los hechos nos recuerdan a cada paso que de ningún modo dominamos la naturaleza como un conquistador domina a un pueblo extranjero, como alguien situado fuera de la naturaleza, sino que pertenecemos a ella con nuestra carne, nuestra sangre y nuestro cerebro; que estamos en su seno y que toda nuestra dominación sobre ella reside en la ventaja que tenemos sobre el conjunto de las demás criaturas de conocer sus leyes y poder servirnos de ellas juiciosamente.»

Engels, Dialéctica de la naturaleza, 1883.

Daniel Gluckstein

Buenos días a todas y a todos.

Vamos, pues, a comenzar esta conferencia marxista dedicada a «La defensa de la humanidad y de su medio ambiente». Será animada, en particular, por los camaradas que participan en la comisión de medio ambiente de la sección francesa de la IV Internacional, constituida durante su 53.º Congreso, y que ha discutido los temas que serán desarrollados aquí.

Me corresponde abrir esta conferencia y, antes de entrar de lleno en el tema, quisiera abordar una cuestión en torno a la cual existen numerosas confusiones y aproximaciones, y sobre la que es necesario aportar algunas aclaraciones.

En primer lugar, ¿por qué el título de esta conferencia, «La defensa de la humanidad y de su medio ambiente, un punto de vista marxista», no incluye el término, sin embargo más que manoseado, de ecología? ¿Qué es la ecología?

Si consultan el Diccionario histórico de la lengua francesa, descubrirán que ecología es un término acuñado por un biólogo alemán, Haeckel, en el siglo XIX, durante la década de 1860, y que hasta mediados de la década de 1960 este término designaba una rama científica cuya finalidad era, citando al diccionario, «estudiar los medios en los que viven los seres vivos». Es decir, la interacción entre esos medios y los seres vivos, así como la de los seres vivos entre sí dentro de esos medios.

Siguiendo todavía el Diccionario histórico de la lengua francesa, nos enteramos de que, hacia 1968-1970, es decir, hace aproximadamente cincuenta años, el término comenzó a utilizarse en el sentido de una «doctrina orientada a una mejor adaptación del ser humano a su entorno y, de ahí, corriente política que defiende esta doctrina».

Se observará de inmediato que existe un desplazamiento entre la definición inicial del término «ecología» y su definición posterior. En un principio, se trataba de estudiar los medios en los que viven los seres vivos. Pero cuando se pretende transformar la ecología en una «doctrina y una corriente política», ya no se trata de estudiar la interacción entre los seres vivos y su medio natural, sino de una «mejor adaptación» del ser humano a su entorno.

Esto es, cuando menos, unilateral, y deja fácilmente de lado la cuestión —perfectamente reversible— de «la adaptación del medio ambiente a las necesidades del género humano».

Hablar de «ecología política» constituye, cuando menos, un abuso del lenguaje. Hasta hace cincuenta años, la ecología era un término que designaba una rama de las ciencias naturales. ¿Se hablaría acaso de matemáticas políticas, de biología política, de física política? De ninguna manera.

En realidad, no es necesario proclamarse «ecologista» para preocuparse por las graves amenazas que pesan sobre el género humano y su medio ambiente. Los marxistas no esperaron a que la ecología fuera «bautizada» como doctrina y corriente política para preocuparse por esta cuestión. Lo hicieron mucho antes. El camarada Marc volverá dentro de un momento sobre las numerosas referencias bibliográficas y teóricas al respecto, y yo me limitaré a dos citas.

La primera está tomada de El Capital de Marx, quien escribe:

> *«Con la preponderancia siempre creciente de la población urbana, que la producción capitalista concentra en grandes centros, ésta acumula, por una parte, la fuerza motriz de la sociedad y, por otra, perturba el metabolismo entre el ser humano y la tierra, es decir, el retorno al suelo de los componentes de éste consumidos por el ser humano en forma de alimentos y vestidos y, por consiguiente,*

> *la eterna condición natural de una fertilidad duradera del suelo. Destruye así, al mismo tiempo, la salud física de los obreros de las ciudades y la vida intelectual de los trabajadores agrícolas. (...) Y todo progreso de la agricultura capitalista no es solamente un progreso en el arte de saquear al trabajador, sino también en el arte de saquear el suelo; todo progreso en el incremento de su fertilidad durante un período determinado es al mismo tiempo un progreso en la ruina de las fuentes duraderas de esa fertilidad. (...) De tal manera que la producción capitalista no desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción sino agotando al mismo tiempo las dos fuentes de las que brota toda riqueza: la tierra y el trabajador.»*
>
> *(Marx, El Capital, Libro primero, capítulo XIII, «La maquinaria y la gran industria»).*

Veremos en el desarrollo de esta conferencia en qué medida el capitalismo permite utilizar «juiciosamente» nuestros conocimientos de la naturaleza y en qué medida se opone a ello.

Por tanto, para los marxistas no se trata en absoluto de negar o minimizar la amenaza de excepcional gravedad que pesa, de manera indisociable, sobre el género humano y sobre su medio ambiente, sobre el ser humano y la naturaleza. Y cuando decimos «el ser humano», eso no significa que cada individuo tenga una responsabilidad equivalente respecto de su medio ambiente, en una especie de «relación individual».

La relación entre la humanidad y su medio ambiente se ha inscrito, desde los albores de los tiempos, en la evolución de las relaciones de producción, y no siempre ha tenido las mismas consecuencias. Imaginemos por un instante a nuestro antepasado prehistórico, viviendo en cavernas y logrando transformar una rama de árbol en un arco. Nadie, pienso yo,

vería en ello una deforestación, una agresión imborrable contra la naturaleza.

En aquella época, esa capacidad de nuestros remotísimos antepasados de arrancar de su entorno los medios para su subsistencia, como hacen por lo demás todos los organismos vivos, era en realidad la expresión del desarrollo de las fuerzas productivas.

Lejos de amenazar el futuro de la humanidad, constituía un factor de progreso.

Hoy nos encontramos en una situación diferente. Cuando hablamos de la relación entre el ser humano y su medio ambiente, debemos hacerlo tomando en consideración las relaciones sociales de producción actuales, es decir, las relaciones sociales capitalistas, cuya única ley consiste en obtener ganancias, cualquiera que sea el costo.

Cuando Marx escribe, hace ciento cincuenta años, que «el capitalismo sólo es capaz de desarrollar la producción agotando las dos fuentes de las que brota toda riqueza: la tierra y el trabajador», esto es todavía más cierto hoy. Y podríamos dar numerosos ejemplos.

Por consiguiente, el mundo político y las corrientes de pensamiento no se dividen, como a veces se nos quiere hacer creer, entre, de un lado, quienes «se preocupan por el futuro del planeta» y de la humanidad —que estarían por encima de todo y constituirían las diferentes variedades de «ecologistas» o de personas preocupadas por la ecología— y, del otro, quienes se burlarían de ello o considerarían esta cuestión secundaria, particularmente aquellos para quienes prevalece la lucha de clases. Y en esta última categoría se colocaría, naturalmente, a la corriente marxista a la que pertenecemos.

Veremos que, en realidad, ocurre exactamente lo contrario.

Todos aquellos que pretenden preocuparse por lo que llaman «la ecología» o por las amenazas que pesan sobre el

género humano y su medio ambiente sin cuestionar el sistema de explotación capitalista son, en realidad —permítasenos decirlo—, mentirosos que cubren con bellos discursos, proclamaciones vacías o grandes intenciones su sometimiento al sistema capitalista basado en la propiedad privada de los medios de producción.

En realidad, ¿quiénes son esos «ecologistas»? Cuando se mira más de cerca, la inmensa mayoría del espectro político, con excepción de los marxistas, se proclama «ecologista». Pueden consultar en Internet los programas de todos los partidos políticos. Todos los llamados partidos institucionales, sin excepción, han incorporado a sus programas capítulos sobre ecología.

Naturalmente, sus propuestas no son todas iguales, pero tienen en común considerar que ésta es una cuestión que debe abordarse por separado. Lo mismo vale, naturalmente, para todos los gobiernos del mundo.

Hoy tiene lugar la reunión de jefes de Estado y de gobierno que prepara la 26.ª COP —Conferencia de las Partes signatarias de la Convención sobre el Clima—. Recordemos la anterior, en la que Fabius había sido entronizado como «responsable del seguimiento de la aplicación de las decisiones sobre el calentamiento climático», y que reunió a 198 jefes de Estado y de gobierno que firmaron todos los compromisos, con excepción de Trump, quien posteriormente los puso en cuestión.

Nadie ignora hoy que los resultados de las decisiones tomadas en aquella cumbre «histórica», sobre la que nos machacaron los oídos y que todo el mundo, en Francia, de izquierda a derecha, aplaudió, no guardaron ninguna relación con los compromisos asumidos entonces. Y lo mismo ocurrirá con la próxima COP.

En realidad, la ecología se ha convertido hoy, en Francia y en todo el mundo, en un pretexto privilegiado para una

especie de «unión sagrada». Deberíamos estar «todos unidos» frente al desastre ecológico en curso y ante los que se perfilan en el horizonte.

Frente al calentamiento climático, las algas verdes, el aumento del nivel de las aguas, el deshielo de los glaciares y de los polos, ya no habría pobres ni ricos, explotadores ni explotados, sino únicamente «seres humanos» que deberían cerrar filas frente al peligro que los amenaza. Desde el momento en que se aborda el terreno de la ecología, supuestamente ya no habría lucha de clases.

Ahora bien, sucede exactamente lo contrario.

La amenaza que pesa hoy sobre el género humano y sobre su medio ambiente plantea cuestiones que, precisamente, pertenecen al terreno de la lucha de clases. Mostraremos en esta conferencia cómo cada una de las cuestiones planteadas, si no se aborda desde el ángulo de la confrontación entre las clases existentes, si no se juzga a la luz del sistema capitalista —para el cual sólo existe una regla: la realización de la ganancia—, conduce en el mejor de los casos a mistificaciones y, en el peor, a desastres todavía mayores que aquellos que supuestamente se quieren combatir.

Le cedo la palabra a Pierre.

Pierre Cise

En la línea de lo que acaba de decir Daniel, es evidente que abordar la cuestión de las relaciones del ser humano con el medio ambiente, y sobre todo hacerlo sin cuestionar el capitalismo, plantea una serie de problemas.

Daré algunos ejemplos, pero antes quisiera hacer una observación que no tendremos tiempo de desarrollar aquí.

Los partidos y movimientos ecologistas tienen también un balance, a menudo ocultado: el de su participación, desde hace varias décadas, en diferentes gobiernos de izquierda o de

derecha. Sin entrar en detalles, señalemos que representantes de diversas corrientes ecologistas han participado en repetidas ocasiones en distintos gobiernos —no todos ellos, por cierto, ocupándose específicamente de ecología—, y lo han hecho sin ningún escrúpulo en gobiernos que se han convertido en brazos armados de los capitalistas para cuestionar las principales conquistas de la clase obrera y fomentar guerras contra los pueblos.

En Francia fue el caso del gobierno Rocard, de los gobiernos Macron-Philippe y Macron-Castex, así como del muy mediático Nicolas Hulot, quien abandonó este último gobierno sin formular la menor protesta contra su política de cuestionamiento de las jubilaciones y del seguro de desempleo, y mientras se ponían en marcha las leyes Blanquer contra la escuela.

Este balance constituye un primer elemento de la discusión.

Veamos ahora qué ocurre con las pretendidas soluciones «ecológicas» y «sostenibles» que supuestamente deberían salvar el planeta.

Han podido ver en los medios de comunicación numerosas recomendaciones sobre la utilización de ciertas tecnologías que supuestamente modificarían radicalmente la tendencia actual al calentamiento climático.

Primer ejemplo: los aerogeneradores.

En un artículo publicado a finales de noviembre en La Tribune des travailleurs, dentro de la sección sobre Medio Ambiente creada por el periódico en septiembre, se aborda el proyecto de instalación de un «parque eólico» en alta mar, en la bahía de Saint-Brieuc.

Este tipo de proyecto forma parte de una larga cadena de proyectos destinados, supuestamente, a responder al objetivo de desarrollar las llamadas energías alternativas con vistas a reducir las emisiones de gases de efecto invernadero.

El mercado de la energía eólica ha recibido inversiones masivas de los capitalistas, que ven en él una fuente nada despreciable de ganancias. Los más grandes, como las multinacionales General Electric o Siemens —esta última, si se añade la actividad de su filial española, ocupa el primer lugar mundial—, así como varias empresas chinas con capital extranjero, han invertido en este «mercado».

Pero en Saint-Brieuc, como en muchos otros casos, este proyecto de aerogeneradores amenaza con causar daños irreparables al medio ambiente.

No sólo los propios aerogeneradores, que tendrán que instalarse sobre enormes bases de hormigón, sino también los cables submarinos de alta tensión que conectarán esos aerogeneradores con el continente amenazan los fondos marinos de esta zona y pondrían en peligro todo el trabajo realizado junto con los pescadores por el instituto público Ifremer para preservar y desarrollar esta zona pesquera, especializada esencialmente en las vieiras, así como la biodiversidad del conjunto de la región.

Es una ilustración de la manera en que una «solución» supuestamente destinada a resolver los problemas del planeta plantea en realidad otro problema y quizá incluso los agrava.

Otro ejemplo: el automóvil eléctrico, al que debería dedicarse próximamente una sección sobre Medio Ambiente de La Tribune des travailleurs.

El automóvil y otros vehículos de propulsión eléctrica se han convertido en el nec plus ultra de la «transición energética» hacia una economía con bajas emisiones de gases de efecto invernadero, y son presentados como una «solución milagrosa» por los fabricantes, que compiten en este terreno, como en muchos otros, mediante su «comunicación verde».

Y como al capitalismo nada le gusta más que trasladar la responsabilidad de los problemas ambientales al consumidor,

comprar un vehículo eléctrico se convierte casi en un acto militante.

No podemos examinar aquí todos los problemas relacionados con los vehículos eléctricos y su impacto, finalmente bastante limitado, en términos de reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero.

Si observamos los componentes del vehículo eléctrico y, principalmente, su batería, podemos ver cómo trata el capitalismo estas cuestiones de las que espera obtener grandes ganancias.

Estas baterías utilizan minerales a los que se denomina «tierras raras», de los cuales el más conocido es el litio, que entra en la composición de una cantidad importante de objetos de la vida cotidiana: teléfonos inteligentes, chips informáticos, robots, paneles solares y, por supuesto, equipos militares de todo tipo.

La extracción de estos metales es extremadamente difícil y consume enormes cantidades de agua y productos químicos.

Pero en el marco del sistema capitalista llegado a su etapa imperialista, que busca maximizar sus ganancias buscando los menores costos de explotación posibles, la extracción se realiza esencialmente en los países dominados, en condiciones de explotación espantosas, sin mencionar los daños irreparables al medio ambiente en países donde prácticamente no existe ninguna restricción en este ámbito.

La Tribune des travailleurs, a finales de octubre de 2018, publicó la reseña de un libro sobre esta cuestión que, basándose en estudios muy serios publicados en los últimos años, mostraba que la explotación de estos minerales provocaba daños incluso mayores que los causados por la extracción petrolera.

En un documental del mismo autor, difundido a finales de noviembre de 2020 por Arte, se observa que la extracción

de estos metales provoca una contaminación masiva del aire y del agua, así como un retroceso de la agricultura.

En la mina de cobre de Chuquicamata, en Chile, existen numerosas fuentes de contaminación del agua, porque se necesitan enormes cantidades para extraer este mineral, así como contaminación del aire por metales pesados.

También en Chile, los habitantes del puerto de Antofagasta, por donde pasan todas las exportaciones de esta mina y de tierras raras, están expuestos al desarrollo del cáncer de pulmón debido a la contaminación atmosférica.

Otro ejemplo más antiguo y quizá un poco más conocido es el bioetanol.

El bioetanol se produce a partir de caña de azúcar, remolacha, trigo y maíz, y fue presentado —y continúa siéndolo— como una alternativa a la gasolina, al diésel, etc.

La producción de bioetanol ha sido acaparada por las principales multinacionales petroleras y ha impulsado el acaparamiento de vastas zonas agrícolas, expulsando a pequeños productores e instaurando monocultivos allí donde antes existía una multiplicidad de cultivos destinados al consumo humano.

Esto provoca el empobrecimiento de los suelos y obliga a determinados países a importar masivamente productos que anteriormente producían, sin mencionar la utilización masiva de productos químicos tanto para producir los vegetales correspondientes como para transformarlos en combustible.

Existe un impacto directo e indirecto de este tipo de producción sobre el retroceso de los bosques.

Uno de los principales proveedores de bioetanol es precisamente Brasil, donde los problemas ambientales están relacionados, entre otras cosas, con la producción de bioetanol.

Hay otros ejemplos que nos muestran cómo el capital, apropiándose de los procesos de producción desde el momento en que vislumbra en ellos posibilidades de ganancia, lo hace utilizando sus propios métodos —y hay que insistir en esto—: los de la destrucción de las fuerzas productivas, en particular de la principal fuerza productiva, que es la fuerza de trabajo humana, y ello incluye la destrucción del medio ambiente.

Contrariamente a lo que suele creerse, las multinacionales están muy atentas a todo aquello que, en un momento u otro, pueda generar ganancias, y por tanto siguen muy de cerca todas las tecnologías que se desarrollan alrededor de la pretendida defensa del medio ambiente.

Y esto puede tomar caminos muy indirectos.

Un ejemplo mencionado el mes pasado por la prensa se refiere a la asociación L214, que lucha contra la violencia ejercida contra los animales, particularmente en los mataderos, y, más ampliamente, contra el consumo de carne y otros productos de origen animal.

Estos artículos se preguntan por el financiamiento de esta asociación.

La propia asociación declaró que el 90 % de sus recursos procedía de donaciones, entre ellas las de 132 empresas.

Entre esas donaciones figura una muy importante procedente de un fondo de inversión filantrópico estadounidense, una de cuyas principales actividades consiste en financiar empresas dedicadas a investigar la producción de carne artificial, un mercado valorado, según el banco británico Barclays, en más de 100 mil millones de dólares dentro de diez años.

Se trata de una donación significativa que representa actualmente el 8 % del presupuesto de esta asociación.

En cuanto a las 132 empresas donantes, sería interesante conocerlas.

En efecto, una multitud de start-ups está trabajando actualmente sobre la carne artificial bajo la atenta mirada de los grupos alimentarios, que no dejarán de comprarlas a precio de oro si se concreta la perspectiva de obtener ganancias con estas tecnologías.

Daniel Gluckstein

Siguiendo lo que acaba de exponer Pierre, hay que comprender que estos ejemplos no son casos aislados.

En El Capital, Marx dice que el capital es «dinero que siempre está brotando».

El capital no puede permanecer estático. Está permanentemente buscando nuevos campos de inversión, nuevas posibilidades de obtener ganancias.

El capital no es ecologista ni antiecologista, ni carnívoro ni vegano, ni partidario de un deporte o de otro, ni racista ni antirracista.

El capital es el capital, y se invierte allí donde sea posible obtener una ganancia.

Quien olvida esta realidad fundamental, quien finge creer —o tiene la ingenuidad de creer— que las soluciones a las gigantescas destrucciones en curso —porque no se trata de amenazas futuras, sino de un desastre que ya está ocurriendo— pueden eludir el lugar que ocupa el capital en nuestra sociedad, se prepara, en el mejor de los casos, para chocar contra un muro. Y en el peor de los casos, obstaculiza la comprensión de los problemas planteados.

Lo que acaba de mencionar Pierre no somos nosotros los únicos en decirlo.

En relación con los automóviles eléctricos, por ejemplo, hay un artículo de Le Canard enchaîné —que no es ni

anticapitalista ni revolucionario— que proporciona algunos detalles.

Por ejemplo: en la batería de un automóvil eléctrico hay 16 kilos de níquel, que hay que ir a buscar a Indonesia o a Nueva Caledonia.

Quizá hayan leído en el número de esta semana de La Tribune des travailleurs que actualmente existe una movilización en Nueva Caledonia.

La población que no fue importada por la colonización y que representa históricamente al pueblo de ese país, llamado Kanaky, se moviliza ampliamente contra un proyecto del gobierno vinculado al gobierno francés, proyecto que consiste en entregar la explotación del níquel a una multinacional suiza.

La población teme que las condiciones de extracción del níquel, que ya son extremadamente contaminantes y desastrosas para la salud de las poblaciones, sean aún peores si quienes toman las decisiones son totalmente ajenos a Kanaky.

Le Canard enchaîné precisa: el níquel nunca se encuentra en estado puro; existe en proporciones muy pequeñas dentro de los minerales.

Basta con que un mineral contenga 1.3 % de níquel para que sea considerado suficiente para iniciar su explotación.

Incluso alguien que no sea científico puede comprender lo que esto significa: para obtener 1.3 kilos de níquel, se producirán 98.7 kilos de residuos.

Le Canard enchaîné continúa:

> *«Excavar, extraer, triturar, cribar, hidrociclonar; resultado: montañas colosales de residuos, la mayoría de las veces arrojados al mar.»*

Quienes nos presentan el automóvil eléctrico como la solución a todos los problemas señalan un problema real: la

contaminación provocada por el abuso de combustibles derivados del carbono.

Pero, ¿es realmente mejor la «solución» que proponen? ¿Quizá sea incluso peor? ¿Qué control tenemos sobre ello? Ninguno.

El mismo periódico continúa:

«También se necesita litio para las baterías.»

Se encuentra en las alturas de los Andes.

«También se necesita cobalto.»

Hay que buscarlo en el Congo.

> *«El caso del cobalto preocupa especialmente a los fabricantes de automóviles, preocupados por su imagen de amigos del género humano»,*

añade el artículo, citando a Les Échos, periódico del capital financiero:

> *«El cobalto está asociado al trabajo de niños que excavan con las manos desnudas en minas artesanales por apenas dos dólares al día.»*

¡Y se nos quiere hacer creer a nosotros, consumidores crédulos de un país capitalista desarrollado, que elegir un vehículo eléctrico sería infinitamente más protector para los niños!

¿De qué estamos hablando?

Mientras tanto, niños revientan trabajando para extraer el cobalto.

Y como remate: puesto que la batería eléctrica es terriblemente pesada, todo el resto del vehículo debe ser ligero. Por ejemplo, el automóvil Tesla tiene una carrocería de aluminio.

Un detalle:

> *«La extracción de aluminio produce lodos rojos muy tóxicos y consume muchísima energía.»*

No hace falta ser un especialista en cuestiones científicas para comprender que hay, cuando menos, un juego de prestidigitación, una verdadera mistificación.

Detrás de esta mistificación están los fabricantes de automóviles, que saben que el automóvil de gasolina tiene mala prensa y que la gente, por buenas razones, dudará cada vez más antes de comprarlo.

Además, los yacimientos de petróleo podrían agotarse.

Por tanto, hacen lo que hace cualquier capitalista ante unas condiciones que cambian: se reconvierten, pero con el mismo desprecio hacia los trabajadores, el mismo desprecio hacia los niños superexplotados, el mismo desprecio hacia el medio ambiente y sin la menor preocupación ecológica.

En cuanto a lo que Pierre mencionaba sobre L214, escuché la misma emisión que él en France Inter.

Y anoté el siguiente comentario de una socióloga que, después de explicar todo esto, dice:

> *«Está claro que esto prepara la aparición de la carne celular.»*

Como cada vez más personas se muestran reticentes a comer carne animal, existe un mercado potencial.

Además, existen campañas de asociaciones que denuncian el sufrimiento animal, una realidad que de ninguna manera pretendemos negar.

Esto va a crear para los capitalistas un mercado de carne celular que, a partir de una célula de carne animal, podría reproducir grandes cantidades de carne «de origen animal».

La socióloga concluye —y, a mi juicio, con toda lucidez—:

> *«Pienso que los primeros distribuidores de carne in vitro serán McDonald's y todos los vendedores de hamburguesas.»*

Y probablemente tenga razón.

No somos nosotros quienes lo decimos. Son hechos establecidos.

Por consiguiente, las incesantes campañas de culpabilización individual —si conduces un automóvil de gasolina eres responsable de todos los males ecológicos del mundo; en cambio, si utilizas un automóvil eléctrico respetas la naturaleza, etc.— no son más que mistificaciones mediante las cuales los capitalistas intentan repintar de verde su escudo de armas, porque saben que existe una preocupación legítima entre la población.

Las soluciones no están en aquello que se nos presenta como soluciones.

La característica propia del capital es que debe «estar siempre brotando».

¿Por qué?

Porque la fuente de toda nueva riqueza en el capitalismo es la explotación de la fuerza de trabajo, que es la única que produce plusvalía —volvimos sobre esta cuestión en la conferencia marxista sobre el «capitalismo caníbal», que sigue disponible en diferido en el sitio de La Tribune des travailleurs y que próximamente será publicada como folleto—.

El sistema capitalista se encuentra hoy, en su fase de putrefacción, enfrentado al siguiente fenómeno: la tendencia natural del capitalismo consiste en desarrollar sin límites la capacidad de producir mercancías.

Pero el propio mercado es limitado.

Los trabajadores son al mismo tiempo los consumidores y sólo pueden apropiarse de una pequeña cantidad de las

mercancías producidas debido al trabajo no pagado que se les extorsiona.

Ahora bien, si las mercancías no son consumidas, la ganancia no puede realizarse, lo que enfrenta al sistema con su propia crisis.

Y estamos metidos de lleno en ella.

Para sobrevivir, el capitalismo se ve obligado a recurrir a toda clase de medios artificiales para obtener ganancias de todas maneras.

Uno de esos medios es la especulación.

Muy recientemente vimos que bastó con que un laboratorio anunciara que su vacuna estaba prácticamente lista para que sus acciones en Bolsa se dispararan.

Se desencadenó una especulación de miles de millones de dólares.

Después se supo que quizá la vacuna no estaba del todo lista.

Pero eso no importaba: la ganancia especulativa ya se había realizado.

El problema de la ganancia especulativa es que no corresponde a ninguna producción de nueva riqueza.

Corresponde simplemente al desplazamiento de capitales de un lugar a otro.

Para generar nuevas riquezas, hay que incrementar la explotación de los trabajadores.

El otro medio son las fuerzas destructivas: la economía armamentista y la economía digital.

También aquí, ¡cuántas cosas hemos oído sobre las ventajas de la «economía digital» y del teletrabajo, que ahorrarían transportes y serían, por tanto, favorables al medio ambiente!

Como recordó Pierre, lo que vale para las baterías de los automóviles vale también para los teléfonos inteligentes y, más generalmente, para la informática, que recurren a tierras raras cuyas condiciones de extracción —particularmente en China— tienen consecuencias ambientales y humanas espantosas para quienes las extraen.

La realidad es ésta: el sistema capitalista sólo sobrevive recurriendo cada vez más a las fuerzas destructivas, principalmente a la especulación y a la destrucción del trabajo vivo sustituido por «trabajo muerto» —las máquinas; ayer, lo digital y, hoy, la robotización—, que no producen ganancia.

Es una serpiente que se muerde la cola y que «resuelve la crisis» agravándola.

La economía armamentista se desarrolla y todo el mundo comprende que, para consumir armamento, hacen falta guerras.

Por tanto, es una ilusión mortal creer que el mecanismo de destrucción del medio ambiente puede encontrar soluciones si se aborda separado del mecanismo de destrucción de la fuerza de trabajo de la propia humanidad.

Estos dos fenómenos están indisolublemente ligados.

Combatir esta tendencia a la destrucción —que constituye la tendencia motriz del capitalismo llegado a su fase de agonía y que amenaza efectivamente la existencia de la humanidad y de su medio ambiente, del cual ésta es indisociable— exige negarse a separar la cuestión del medio ambiente de la cuestión de la explotación capitalista.

Marc tiene ahora la palabra.

Marc Mouhanna

Buenos días a todos.

Daré algunas indicaciones sobre las cuestiones de la relación del ser humano con la naturaleza y con el medio

ambiente en la obra de Marx, de Engels y entre los marxistas, quienes se ocuparon de esta preocupación y no la descuidaron, como algunos quisieran hacer creer.

Sabemos que Marx coloca en el centro de la existencia del ser humano el trabajo.

Recordemos que el trabajo no existe «en sí mismo». El trabajo es siempre trabajo sobre algo.

Un pasaje del Libro I de El Capital, tercera sección, capítulo V, titulado «Proceso de trabajo y proceso de producción», realiza un análisis muy detallado de lo que es el trabajo.

No se trata simplemente de una actividad suspendida en el aire: todo trabajo implica un «objeto de trabajo», que es la naturaleza.

Al trabajar, ese animal que es el ser humano mantiene una relación con la naturaleza.

El trabajo, por tanto, se alimenta constantemente de la naturaleza.

Pero el vínculo del trabajo con la naturaleza no se limita a eso.

Marx explica:

> *«El trabajo utiliza la naturaleza como medio de trabajo.»*

La actividad que constituye el trabajo se apoya en procesos naturales, físicos y químicos, porque la transformación de lo que la naturaleza proporciona al ser humano se apoya en las propias leyes de la naturaleza.

El trabajo no es, por tanto, una actividad no natural, sino que descansa enteramente sobre procesos naturales.

Entonces, ciertamente, el trabajo utiliza la naturaleza; pero podría decirse que, al fin y al cabo, es iniciado por el ser

humano y tendría, por ello, un origen no natural, por ser humano.

Pero el ser humano no es un ser exterior a la naturaleza.

No es un ser «sobrenatural», «espiritual»; es un ser que forma parte de la naturaleza y que transforma la naturaleza.

Y, por ello, el trabajo humano no es otra cosa que un proceso mediante el cual la naturaleza se transforma a sí misma.

Marx insiste en ello desde los Manuscritos de 1844.

¿Cuál es entonces la diferencia entre el ser humano y el animal?

El animal produce sin saber lo que hace; no elige su propia actividad.

En ese mismo capítulo de El Capital, Marx compara la actividad del ser humano con la de la araña:

> *«Una araña realiza operaciones que se parecen a las del tejedor. Una abeja avergüenza a más de un arquitecto humano por la construcción de sus celdillas. Pero lo que distingue desde el principio al peor arquitecto de la mejor abeja es que aquél ha construido la celdilla en su cabeza antes de construirla en la cera.»*

Lo esencial es, por tanto, que el trabajo humano es algo consciente, mientras que el animal no es consciente de sí mismo ni de la naturaleza.

¿De dónde procede entonces ese poder del ser humano que lo convierte en un ser consciente, capaz de representarse fines y de comprender su entorno?

¿No convierte eso al ser humano, en cierto modo, en un ser situado por encima de la naturaleza?

Hay que volver a los análisis de los Manuscritos de 1844 de Marx, elaborados cuando éste tenía veintiséis años —El Capital, por su parte, fue publicado en 1867—.

El hecho de que el ser humano se relacione con la naturaleza como un ser consciente no cae del cielo: procede de la propia naturaleza, es decir, de las características del ser humano como ser natural.

Convertir la naturaleza en un objeto es un proceso natural, fruto de la actividad humana.

El animal también produce, pero no es más que una pieza de la naturaleza; transforma la naturaleza de una manera determinada de antemano.

La abeja construirá una colmena y producirá miel porque la naturaleza la ha hecho así.

El ser humano no se encuentra en la misma situación, no porque esté dotado de una especie de libertad misteriosa, espiritual, sino porque su cuerpo le permite establecer múltiples relaciones con la naturaleza, que le permiten aprehender la naturaleza como un objeto situado frente a él y, por tanto, libremente.

Un ejemplo para ser más concreto, porque estos textos son, de todos modos, complicados de aprehender. Alguien a quien no conozco me empuja en la calle. Mi primera reacción quizá no sea muy sutil, y podría venirme espontáneamente a la mente un pensamiento poco amable hacia esa persona: para mí, en ese momento, queda reducida a ese calificativo inspirado por la ira. Esta reacción burda es efecto de una situación precisa: he «percibido» a esa persona a través de esta única afección. Por tanto, no percibo a esa persona más que como una «molestia», porque sólo he tenido una relación con ella.

Si multiplico las relaciones con esa persona y dejo de considerarla únicamente como alguien que me empujó en la calle, sino como alguien que posee muchas otras propiedades,

la aprehenderé como independiente de esa afección particular, del dolor provocado en ese momento preciso.

Vemos que, al multiplicar las relaciones con un mismo ser, transformamos nuestra relación global con él: la cantidad se transforma, de alguna manera, en calidad. En lugar de aprehender a un ser a través de una sola afección, comenzamos a aprehenderlo como un objeto independiente, dotado de una existencia independiente.

Es esta diferencia, casi cuantitativa en un principio, la que marca la diferencia entre el ser humano y el animal. Debido a la multiplicidad de las relaciones que mantengo con la naturaleza, comprendo que la naturaleza tiene una existencia independiente de mí y hago de ella un objeto.

Por tanto, todo es natural en el trabajo humano; la libertad de la actividad humana es una propiedad corporal del ser humano. Los remito a esta sección de los Manuscritos de 1844 de Marx, primer manuscrito: «Trabajo enajenado y propiedad privada».

La diferencia entre la relación del ser humano con la naturaleza y la relación del animal con la naturaleza consiste en que, a diferencia del animal, el ser humano se relaciona con «la naturaleza entera», y no solamente con una parte de ella.

La naturaleza no es solamente aquello en lo que vive el ser humano; sino que, dice Marx en 1844, es «el cuerpo inorgánico del ser humano».

¿Qué significa esto?

Significa que, mediante su trabajo, el cuerpo del ser humano no se reduce a sus manos y sus piernas, sino que hace de la naturaleza, mediante su trabajo, la prolongación de su propio cuerpo. La herramienta prolonga nuestra mano. El automóvil sustituye nuestras piernas, etc.

Marx dice que «el ser humano reproduce por sí mismo toda la naturaleza», no solamente porque mediante su trabajo produce cosas con lo que ésta le proporciona, sino porque también se relaciona con ella «teóricamente»: «comprende la naturaleza», «piensa la naturaleza», «aprehende sus leyes», es decir, produce las ideas mediante las cuales se representa la naturaleza —ya sea mediante mitos o mediante determinaciones verdaderamente científicas—.

Por tanto, la naturaleza no es simplemente un medio pasivo para el ser humano, sino que «aparece como su obra y su realidad».

Lo que el ser humano ve, lo que siente, lo que comprende no le es simplemente dado, sino que es fruto de su actividad. Sentir, ver, ya es actuar. Ya es algo que emana del trabajo del ser humano.

Por eso Engels dice, en Dialéctica de la naturaleza, en el capítulo «El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre», que el trabajo «creó al hombre».

No existe primero un ser humano que ya posea facultades innatas y que después se ponga a trabajar. El trabajo es lo que permitió que el animal que era se convirtiera en ser humano y creara todas las relaciones que le permiten dominar cada vez mejor su relación con la naturaleza.

El ser humano, por tanto, no está por encima de la naturaleza ni es independiente de ella; no es otra cosa que su relación con la naturaleza.

Esta idea, que en ocasiones se atribuye a Marx —según la cual el ser humano lo sería todo y la naturaleza nada, haciendo del ser humano una criatura de algún modo superior a la naturaleza— no sólo es ajena al marxismo, sino que es radicalmente antimarxista.

Marx, en un texto titulado Crítica del Programa de Gotha, reprocha severamente a los autores de ese programa el error

de haber afirmado que «el trabajo es la fuente de toda riqueza».

En realidad, la naturaleza también es fuente de las riquezas.

Marx denuncia en esta idea de que toda riqueza provendría del trabajo:

> *«Los burgueses tienen muy buenas razones para atribuir al trabajo una fuerza creadora sobrenatural. Porque, precisamente por el hecho de que el trabajo depende de la naturaleza, se deduce que un hombre que no posee otra propiedad que su fuerza de trabajo —el proletario— debe ser, en todas las sociedades y civilizaciones, esclavo de otros hombres que se han convertido en propietarios de las condiciones materiales del trabajo.»*

Por tanto, omitir que la naturaleza proporciona riqueza y constituye una de las condiciones del trabajo significa precisamente someterse a la ideología burguesa, que consiste en justificar que se prive al proletario de la riqueza natural para apropiársela.

En cuanto a la «defensa del medio ambiente», Engels, en un libro titulado Anti-Dühring, demuestra que es el capital el que genera la degradación del medio ambiente del ser humano y no la actividad humana en general.

En la tercera parte, capítulo III, describe la producción, por parte del capitalismo, de esos lugares de concentración de actividad y población que son las ciudades, que producirán «el envenenamiento del aire, del agua y del suelo».

Sólo el socialismo, es decir, «la supresión del carácter capitalista de la industria», permitirá solucionar todos esos efectos desastrosos de la actividad humana propios del régimen capitalista:

> *«Sólo mediante la fusión de la ciudad y el campo que traerá consigo el socialismo podrá eliminarse el*

> *actual envenenamiento del aire, del agua y del suelo. Sólo ella podrá llevar a las masas, que hoy languidecen en las ciudades, hasta el punto de que sus excrementos servirán para producir plantas en lugar de producir enfermedades.» (1)*

En el capítulo anterior, Engels evoca la sociedad comunista:

> *«Una producción social conforme a un plan predeterminado es desde ahora posible. [...] Los hombres, finalmente dueños de su propio modo de vida en sociedad, se convierten con ello también en dueños de la naturaleza, dueños de sí mismos, libres.»*

¿No significa esto llevar hasta el extremo la oposición entre el ser humano y la naturaleza, haciendo del ser humano alguien cuyos objetivos serían perseguidos con el más absoluto desprecio por su medio ambiente?

Es exactamente lo contrario.

Ningún trabajo existe sin recursos naturales, como hemos visto. En un orden propiamente humano, racional, el ser humano no podría desplegar su actividad de una manera que pusiera en peligro la fuente y las condiciones mismas de esa actividad, es decir, los recursos obtenidos de su entorno.

Si la naturaleza es el cuerpo inorgánico del ser humano, entonces una actividad perjudicial para el medio ambiente es una actividad suicida, no una actividad dominada conscientemente.

¿Cómo puede entonces suceder que la actividad humana perjudique su medio ambiente y destruya aquello que la alimenta, como ocurre hoy bajo el régimen capitalista?

Precisamente porque, bajo un régimen capitalista, el ser humano no domina la naturaleza; por el contrario, es todavía la naturaleza la que domina al ser humano.

Pero, escribe Engels:

> *«Con la toma de posesión de los medios de producción por la sociedad, [...] por primera vez el hombre se separa, en cierto sentido, definitivamente del reino animal, pasa de condiciones animales de existencia a condiciones realmente humanas.» (2)*

La actividad humana perjudica a la «naturaleza», o más bien a las condiciones naturales de vida, únicamente en la medida en que el ser humano todavía no domina su propia actividad, sino que él mismo sigue dominado por la naturaleza; es parcialmente inconsciente de su actividad social e insuficientemente dueño de su relación con la naturaleza.

Ocurre únicamente en la medida en que la producción social, debido al desarrollo insuficiente de las fuerzas productivas, todavía requiere la división de la sociedad en clases, la explotación del ser humano por el ser humano y el agotamiento desenfrenado de los recursos; únicamente en la medida en que el ser humano aún no ha logrado organizar la producción social de otra forma que no sea bajo el impulso de la búsqueda de la ganancia de una clase particular.

Contrariamente a lo que pretende hacernos creer una ideología muy piadosa, digna de una larga tradición católica, según la cual los poderes del ser humano deberían ser limitados para evitar que se vuelvan contra él, la solución a los problemas de la relación de la actividad humana con su medio ambiente no pasa por una disminución del dominio del ser humano sobre la naturaleza, sino, por el contrario, por un aumento de ese dominio, que sólo la revolución comunista podrá realizar.

Algunas otras referencias importantes, fuera de la obra de Marx y Engels pero que continúan su línea: el «Proyecto de resolución sobre el ecologismo», de Gérard Bloch, documento de la OCI —antecesora de la TCI— escrito en

1979, que denuncia al «ecologismo» por aislar un problema particular, ligado al modo de producción capitalista, de la crisis del conjunto de la sociedad.

Este texto denuncia la idea de que el marxismo habría descuidado este efecto del modo de producción capitalista.

Un artículo de Pierre Cise, «El marxismo frente al desarrollo sostenible», publicado en La Vérité n.º 58 (3), estudia esta noción de «desarrollo sostenible», una idea nacida de las instituciones imperialistas y que desempeña un papel ideológico muy preciso, perfectamente adaptado a ese marco imperialista.

Esta noción sugiere que el desarrollo humano debe permanecer dentro de los límites que supuestamente le impondría la naturaleza, cuando en realidad es el modo de producción capitalista el que genera la necesidad de esos límites.

Si la producción humana conduce a una «degradación de la relación del ser humano y del conjunto de la sociedad humana con la naturaleza», la responsabilidad no corresponde al consumo humano, sino al modo de producción capitalista, que obedece a la única exigencia de la ganancia inmediata.

Otro artículo de Pierre Cise, Jean-Pierre Raff y Daniel Gluckstein, titulado «Los marxistas frente a la impostura de la ecología política y su avatar, el ecosocialismo», fue publicado en enero de 2010 en la revista La Vérité, n.º 67.

Y un artículo sobre el mismo tema, «De nuevo a propósito del ecosocialismo», publicado en la misma revista —n.º 70, febrero de 2011—, vuelve sobre un pasaje escrito por Engels en Dialéctica de la naturaleza.

Los ecosocialistas pretenden encontrar en Engels una supuesta «conciencia ecológica» y una denuncia del ser humano en su voluntad de «dominar la naturaleza».

Engels escribe, en efecto, esta frase:

> *«No nos halaguemos demasiado de nuestras victorias sobre la naturaleza: ella se venga de nosotros por cada una de ellas.»*

Los ecosocialistas hacen decir a esta frase, extraída de su contexto, cosas que no dice en absoluto.

Esta falsificación consiste en introducir en Engels esa ideología religiosa de la que hablábamos hace un momento, que pretende que habría que recortar las capacidades del ser humano para evitar que se precipite al caos y arrastre consigo al mundo entero.

Una vez más, no son las capacidades del ser humano en general las que son destructivas, sino este modo de producción bárbaro que es el capitalismo, y que debe ser derrocado lo antes posible.

Daniel Gluckstein

Entre las preguntas planteadas, se nos pide volver sobre el enfoque de la Revolución bolchevique respecto de esta cuestión. Pierre volverá sobre ello y después Adrien abordará toda una serie de cuestiones que están en el orden del día de esta conferencia.

Pierre Cise

Como ha mostrado Marc, los marxistas se han pronunciado y siguen pronunciándose sobre esta cuestión del medio ambiente, en ocasiones de manera polémica frente a las corrientes y diferentes variantes del ecologismo.

Uno de los elementos que se desprende del conjunto de sus escritos es que los marxistas consideran que el socialismo, es decir, la apropiación colectiva de los medios de producción y el derrocamiento del sistema fundado en la propiedad privada de los medios de producción y la explotación de la fuerza de trabajo del proletario, sentará con toda seguridad las

bases de una visión y de políticas concretas que permitan resolver los problemas generales de la humanidad, incluida la cuestión del medio ambiente.

Podemos pensarlo. ¿Por qué?

Hemos explicado por qué, para los marxistas, la defensa de la humanidad y de su medio ambiente pasa por el derrocamiento del capitalismo.

Consideramos que el socialismo permitirá sentar las bases para resolver este tipo de problemas, suprimiendo la propiedad privada de los medios de producción, para utilizarlos con el único objetivo de satisfacer las necesidades del mayor número de personas, desde una perspectiva de largo plazo, despojada de la visión cortoplacista de la ganancia denunciada por Marx y Engels.

En particular, esto liberará a la ciencia y a la investigación del yugo de la ganancia y de la «rentabilidad», para orientarlas enteramente hacia los objetivos de largo plazo de satisfacer todas las necesidades de la humanidad y de su existencia.

Esto requiere una investigación libre, dotada de medios y de una planificación a largo plazo, que permita controlar los efectos a largo plazo de las decisiones adoptadas en el presente.

Tenemos un ejemplo concreto de esta perspectiva política en la historia de la lucha de la clase obrera por su emancipación: la Revolución rusa, con las primeras medidas importantes adoptadas por la joven República de los soviets en materia de medio ambiente.

Una sección sobre Medio Ambiente de La Tribune des travailleurs estuvo dedicada a este episodio, que durante mucho tiempo fue borrado de la memoria debido a que la burocracia estalinista liquidó esta política y la sustituyó por una política desastrosa, especialmente desde el punto de vista científico en materia ambiental.

Por ello es importante volver sobre el asunto, porque tenemos aquí un ejemplo concreto de aquello por lo que combaten los militantes marxistas, particularmente los militantes de la IV Internacional.

Lenin y varios dirigentes del Partido Bolchevique, como marxistas, se interesaron muy pronto por estas cuestiones ambientales.

En la Rusia prerrevolucionaria existía un cuerpo de ecólogos, especialistas de la ciencia ecológica, particularmente competentes.

Dos días después de la toma del poder en octubre de 1917, Lenin y los bolcheviques aprobaron un decreto sobre «la nacionalización de la tierra, del subsuelo y de los bosques», arrebatándolos de la propiedad privada.

A sus ojos, ésta era una condición indispensable para poder concebir una política orientada hacia la satisfacción de las necesidades del mayor número de personas.

Muy pronto, Lenin en particular, que conocía muy bien los trabajos de la ecología científica rusa, buscó los medios para desarrollar una política de largo plazo de gestión de los recursos y del medio ambiente basada en el conocimiento científico.

Para él no se trataba de instrumentalizar la ciencia con fines políticos, como harían más tarde Stalin y la burocracia que lo sucedió, y como hacen hoy distintos movimientos ecologistas.

Se trataba de apoyarse en la ciencia para definir una política de largo plazo liberada de las restricciones del momento.

Estas restricciones eran particularmente fuertes, porque esas medidas de la joven República soviética fueron adoptadas en plena guerra civil, cuando la Revolución se

encontraba amenazada por la ofensiva de las fuerzas imperialistas y contrarrevolucionarias.

Toda la política del joven poder soviético en materia ambiental quedó bajo la gestión del Comisariado de Educación, que también tenía a su cargo la investigación científica, precisamente para proteger estas cuestiones de todo tipo de presiones.

Esta política se apoyaría en una red de científicos que poseían una característica: eran extraordinariamente competentes.

Políticamente lo eran mucho menos: la mayoría eran políticamente hostiles a los bolcheviques.

Sin embargo, Lenin, como también hacía Trotsky, tenía como política utilizar todas las competencias y no consideraba que necesariamente se fuera un buen científico por el hecho de ser comunista.

Incluso sacó a uno o dos de estos científicos de las cárceles de la Cheka, donde habían sido encerrados por sus posiciones políticas, pues la mayoría pertenecía al Partido Kadete, un partido de derecha o centroderecha fuertemente opuesto a la Revolución de 1917.

Los organizó en una red y les proporcionó todos los medios necesarios para garantizar la independencia de sus trabajos.

Fue así como, durante los primeros años de la Revolución rusa, se crearon más de cuarenta centros de investigación en plena guerra civil.

El gobierno soviético fue el primer gobierno del mundo en establecer parques nacionales totalmente protegidos, destinados al estudio del medio ambiente y, particularmente, al desarrollo de medidas de rehabilitación de zonas degradadas.

El primero de estos parques fue creado en 1919, y esta política se amplió una vez terminada la guerra civil, en 1921, después de la reconquista del conjunto de los territorios.

También desde 1919, el gobierno soviético adoptó medidas contra la sobreexplotación de los bosques y para regular la caza, particularmente la de animales de piel, que constituía una de las principales fuentes de divisas de un país sumido en una situación económica terriblemente difícil por el bloqueo imperialista y la guerra civil.

También se aprobaron decretos para proteger los recursos pesqueros y regular la pesca, otra fuente importante de divisas.

Todos comprenderán que para los bolcheviques no se trataba de «reverdecer» su política ni de satisfacer una determinada moda ecológica, en un período en el que no sólo el ecologismo no existía, sino en el que el término ecología designaba una ciencia y no una corriente política.

Todo partía de un sencillo punto de vista: sólo el derrocamiento del capitalismo, la apropiación colectiva de los medios de producción y su orientación hacia la preservación de la existencia de la humanidad —incluida la preservación de su medio ambiente— desde una perspectiva de largo plazo, apoyada en una ciencia que trabajara en un marco independiente y a la que se proporcionaran todos los medios posibles, podía responder a las necesidades de la humanidad.

Esta política, evidentemente, fue detenida en seco por la burocracia ascendente y su jefe, Stalin.

Aunque sólo fuera porque toda libertad, incluida la libertad científica, le resultaba intolerable.

Fue el comienzo de la militarización burocrática de la ciencia, utilizada con fines políticos para justificar la dominación de la burocracia.

La política impulsada por Lenin fue liquidada. Los científicos que habían trabajado en esta política también fueron, en su mayoría, eliminados; los parques nacionales fueron cerrados y posteriormente suprimidos después de la Segunda Guerra Mundial.

Todo ello fue sustituido por una política catastrófica, no sólo desde el punto de vista económico, sino con consecuencias terribles en el plano ambiental, de las cuales la desecación del mar de Aral fue —y continúa siendo— el ejemplo más emblemático.

Por tanto, para responder a la pregunta planteada, ésa fue la política impulsada durante el período revolucionario, antes de la contrarrevolución estalinista.

Para continuar, abordaremos algunos de los temas formulados en las preguntas recibidas, con el fin de abrir la discusión desde una perspectiva marxista.

Adrien intervendrá sobre la cuestión del impacto de la demografía sobre el medio ambiente; después yo intervendré sobre los límites de los recursos naturales, particularmente los recursos mineros.

Adrien volverá después sobre la cuestión: ¿es necesario preservar la biodiversidad?

Adrien Altaïr

La pregunta es:

> *«¿Tendrá el crecimiento de la población mundial un impacto real sobre nuestro medio ambiente?»*

Esta pregunta suele plantearse y formularse en presente. Aquí está formulada en futuro, lo cual resulta interesante.

Intentaré aportar algunos elementos de reflexión, sin pretender ofrecer respuestas categóricas y definitivas.

Esta cuestión se remonta a las ideas de Malthus, economista británico de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX que dio origen al movimiento maltusiano, según el cual, para combatir la pobreza, habría que limitar la cantidad de pobres.

En primer lugar, ¿qué es la demografía?

Es el estudio de las poblaciones y de su dinámica, particularmente de la población humana.

Numerosos ecologistas se han planteado esta cuestión, como, por ejemplo, Alfred James Lotka.

El ser humano, como cualquier ser vivo, se encuentra en interacción directa e indirecta con su medio ambiente, del cual obtiene sus medios de subsistencia, sus recursos alimentarios y el conjunto de los recursos necesarios para su crecimiento y su reproducción.

Para la especie humana podemos añadir los recursos necesarios para construir viviendas, para el ocio, etc.

Como todo ser vivo, cada individuo tiene un impacto sobre su entorno y, cuanto mayor sea el número de individuos, mayor será a priori ese impacto, sin que esta relación tenga que ser necesariamente lineal.

Por tanto, sí: el crecimiento demográfico tiene un impacto sobre el medio ambiente.

Ahora bien, precisemos.

¿Tiene la demografía un impacto «en sí misma» sobre el medio ambiente?

¿Qué impacto? ¿Dentro de qué sistema de producción?

¿Se trata del impacto de todos los individuos considerados idénticos, o del impacto de una humanidad constituida por diferentes clases con intereses divergentes?

La cuestión puede plantearse respecto del futuro, del presente y del pasado.

En el pasado, el primer crecimiento importante de la población mundial tuvo lugar en el Cercano Oriente, hace aproximadamente diez mil años, paralelamente a la aparición de la agricultura y de la ganadería.

En el presente hay que señalar que este crecimiento demográfico es profundamente desigual a escala mundial.

Es particularmente rápido en los países dominados, en África y Asia.

En Europa retrocede o se estabiliza, con un número de hijos por mujer en edad reproductiva frecuentemente inferior a dos.

Presentar la demografía como tal como la fuente de todos los males que amenazan a la humanidad y degradan el medio ambiente significa, al mismo tiempo, señalar a los sectores más explotados de la humanidad como responsables de la degradación ambiental, cuando ellos son las primeras víctimas de dicha degradación provocada por el capitalismo.

Esto ocurre particularmente en el marco del calentamiento climático, con la cuestión de las migraciones climáticas, señalando a esos sectores de la población como si fueran «irresponsables», incluso individualmente.

Esta posición repugnante no puede ser la nuestra.

Más aún, designa a las poblaciones de los pueblos dominados como responsables de su propia desgracia.

En el siglo XX, varios científicos eminentes adoptaron este mismo razonamiento para proponer la esterilización forzosa de las clases populares europeas, incluidos grandes nombres de la genética de poblaciones, como Ronald Aylmer Fisher, eminente biólogo y estadístico inglés que fue ennoblecido.

Presentar la demografía como fuente de todos los males significa exonerar al sistema capitalista de su propia responsabilidad, evidente en la degradación actual de las

condiciones de existencia de la humanidad en su conjunto y, por tanto, ante todo de su inmensa mayoría: la clase obrera.

¿Es la demografía en sí misma la principal amenaza para la humanidad y su medio ambiente?

¿Cuál es el factor de empobrecimiento de los países dominados, aplastados por una deuda ya pagada varias veces y utilizada como palanca por el FMI y sus planes de ajuste estructural, implantados para explotar aún más a la clase obrera, destruir todo sistema sanitario, cerrar escuelas e impedir que las mujeres tengan la libertad de tener o no tener hijos o de elegir cuántos hijos desean?

Niños que, bajo las actuales condiciones de existencia impuestas por las instituciones mundiales del capitalismo, con frecuencia no tienen acceso a la escuela ni a la educación y se ven obligados a ayudar a sus familias mediante trabajos cotidianos para sobrevivir como pueden, como recordó Daniel al hablar de la extracción de cobalto con las manos desnudas por niños.

¿Quién es responsable sino el capitalismo?

En cuanto a la demografía actual, las cifras pueden sorprender, porque rara vez se ponen de relieve: lejos de estar desbocado, el ritmo de crecimiento de la población disminuye desde hace décadas.

Esto no significa que disminuya el tamaño de la población humana, sino que su aumento se está frenando.

La tasa de crecimiento alcanzó un máximo a comienzos de los años sesenta y desde entonces se desploma.

Se redujo a la mitad entre 1968 y la actualidad, pasando de 2.1 % en 1961 a 1.05 % a escala mundial.

Algunos predicen una población de 11 mil millones de personas para el año 2100.

Respecto del futuro, ¿qué podemos decir?

En primer lugar, que esta cifra de 11 mil millones debe tomarse con mucha prudencia. Sus propios autores reconocen que su fiabilidad es bastante reducida, tanto más cuanto que acabamos de ver que los parámetros cambian con el tiempo.

Todo dependerá de cómo sea el futuro.

Resulta tentador citar el Programa de Transición, que dice:

> *«Sin revolución socialista, y ello en el próximo período histórico, la civilización humana entera está amenazada de ser arrastrada a una catástrofe. Todo depende del proletariado, es decir, en primer lugar, de su vanguardia revolucionaria.»*

La catástrofe no está ligada a la demografía como tal, sino al hecho de que, en un sistema en el que los capitalistas son incapaces de atender las necesidades elementales de la humanidad, el crecimiento demográfico aumenta el número de personas sometidas a la barbarie que éste genera.

Ésa es la catástrofe.

Por el contrario, con la revolución socialista, con la toma del poder por la clase obrera, podemos pensar que la situación sería completamente distinta.

La supresión de la propiedad privada de los medios de producción liberará esos medios para utilizarlos con el único objetivo de satisfacer las necesidades del mayor número posible de personas, desde una perspectiva de largo plazo liberada de la visión cortoplacista de la ganancia.

Para concluir: sí, el crecimiento demográfico tiene y tendrá un impacto real sobre el medio ambiente.

Pero la importancia de ese impacto, particularmente de su impacto negativo a largo plazo, dependerá del sistema de producción, lo que plantea con todavía mayor urgencia la toma del poder por la clase obrera.

Pierre Cise

Voy a abordar otra cuestión, que es la siguiente:

> *«El ecologismo presenta frecuentemente el sobreconsumo, la sobreproducción y la sobreexplotación de los recursos como causas esenciales de los problemas a los que se enfrenta la humanidad.»*

En efecto, el carácter finito del volumen de nuestro planeta y, sobre todo, de la delgadísima capa superficial constituida por los primeros cientos de metros de la corteza terrestre de donde se extraen los metales, podría llevarnos a pensar que el agotamiento de los recursos se producirá a corto plazo.

Por consiguiente, para los ecologistas, esta situación y su evolución conducirán al agotamiento de los recursos del planeta, que son limitados.

Por ello llaman al decrecimiento, a una reducción masiva de la producción y del consumo para salvar el planeta.

Independientemente del hecho de que la mayor parte del planeta está lejos de estar devastada por la sobreproducción y el sobreconsumo, sino más bien por la miseria y la subalimentación, preguntémonos por esta cuestión de los límites de los recursos.

En realidad, el argumento del supuesto agotamiento de los recursos se basa en una confusión entre dos conceptos: «reserva» y «recurso».

La noción de recursos es más amplia, pero la determinación de su volumen es más imprecisa según el método utilizado y según la manera en que los criterios geológicos o los criterios económicos —de rentabilidad— intervengan en el análisis.

Tomemos el caso del cobre, que examinamos en una sección publicada a finales de septiembre en La Tribune des travailleurs.

Actualmente, las reservas de cobre se estiman en 700 millones de toneladas.

Sabiendo que se explotan alrededor de 20 millones de toneladas por año, esto implicaría el agotamiento de las reservas en treinta y cinco años.

Es una cifra en la que se apoyan los ecologistas y los partidarios del decrecimiento para afirmar que estamos llegando al límite de las posibilidades de encontrar cobre.

Pero señalemos que esto implicaría que la exploración minera no permitirá, en los próximos años, descubrir nuevas cantidades de este metal, algo que los hechos contradicen.

La duración de las reservas mundiales de cobre y níquel se ha mantenido constante y se estimó, en promedio, entre treinta y sesenta años entre 1980 y 2011, pese a que la producción se duplicó durante ese período.

Pero repitamos que estos datos son determinados por las propias compañías conforme a criterios de rentabilidad, lo que limita considerablemente las evaluaciones.

Como señala con mucha razón un equipo de científicos que estudió la formación de los yacimientos y su exploración:

> *«Si una compañía dispone de reservas suficientes para la próxima década, no hay razón para gastar sumas importantes en encontrar otras, salvo que se prevea un aumento de la producción de un metal. El mercado no reacciona ante una reserva —es decir, se conforma con ella— cuya duración de abastecimiento, al ritmo del consumo actual, se estima entre veinte y cuarenta años.»*

Dicho de otro modo, el capital financiero no incentiva a las compañías mineras —en su mayoría privadas, más

raramente estatales, pero integradas en el mercado mundial— a emprender exploraciones geológicas. Las reservas, al igual que los recursos, están por ello subestimadas, como consecuencia misma del sistema capitalista. Y no podemos basarnos en este tipo de datos para evaluar la perennidad de la existencia de la humanidad sobre la Tierra.

En el caso del cobre, actualmente se exploran profundidades de entre 200 y 500 metros, y todavía se desconocen amplias regiones, especialmente los fondos de los mares y océanos. Sin embargo, las investigaciones científicas han demostrado que la mayoría de los yacimientos de cobre se forman a profundidades comprendidas entre 2 y 3 kilómetros. Lo mismo ocurre con los yacimientos de níquel, zinc y plomo.

Por tanto, si tomamos como referencia los criterios de la ciencia en lugar de los de la ganancia y la rentabilidad, llegamos a resultados diferentes. El Servicio Geológico de Estados Unidos, que constituye una referencia de alcance mundial pero está fuertemente influido por las compañías mineras, se ha dedicado, no obstante, a evaluar cuáles podrían ser los recursos si se considera una profundidad de extracción de un kilómetro. Con una explotación anual al nivel actual, habría reservas para trescientos sesenta y cinco años. Incluso suponiendo un aumento de las necesidades, estamos muy lejos de los treinta o cuarenta años que hoy se anuncian y que utilizan los partidarios del decrecimiento.

Otros científicos han trabajado considerando una profundidad mayor, de 3.3 kilómetros, tomando únicamente criterios puramente científicos, es decir, geológicos. Las cifras obtenidas son claras: las reservas estimadas de cobre ascienden a 200 mil millones de toneladas, lo que daría una duración de las reservas de diez mil años.

Esto debe llevarnos a considerar la cuestión del agotamiento de los recursos no a través del prisma de la ganancia y de la propiedad privada de los medios de

producción, sino sobre la base de un enfoque liberado de las exigencias de la ganancia y orientado hacia la satisfacción de las necesidades de la humanidad, algo imposible bajo el régimen capitalista.

Adrien Altaïr

Voy a intentar abordar en unos minutos la cuestión de la biodiversidad, aun a riesgo de decir cosas un poco provocadoras, pero asumidas, y plantearlas como pistas para la reflexión. Puede resultar provocador porque se nos ha arrullado con imágenes de osos polares desdichados a la deriva sobre un resto de iceberg.

En primer lugar, ¿qué es la biodiversidad?

Es la diversidad del mundo vivo a diferentes escalas. Habitualmente se consideran tres niveles: una escala genética —la variabilidad genética dentro de una especie—; una biodiversidad específica —el número de especies en un ecosistema determinado, por ejemplo—; y una escala ecosistémica —los ecosistemas—, que pueden considerarse incluso a escala del planeta.

Estos distintos niveles están relacionados entre sí.

El propio término procede de la Conferencia de Río de 1992, pero las cuestiones relativas a esta diversidad de lo vivo se remontan a trabajos anteriores: es toda la historia de las ciencias naturales.

Por tanto, la biodiversidad constituye una parte, un aspecto, una faceta del medio ambiente en general.

Podemos preguntarnos cuál es su importancia dentro de la cuestión más general de la defensa de la humanidad y de su medio ambiente, y por qué dedicarle una parte de nuestra reflexión.

Por una parte, ya estamos acostumbrados a imágenes de una biodiversidad amenazada por la humanidad en general. Quisiera volver sobre ello.

A mi juicio, ¿por qué es importante?

Porque la biodiversidad está inextricablemente vinculada a la historia de la humanidad. Marc ya volvió sobre ello. Está, particularmente, en el origen de la domesticación de especies —ganado, animales de carga— y en el origen de los alimentos.

Sin biodiversidad sabemos que, cualquiera que sea el nivel considerado, no es posible la evolución ni la interacción ecológica, incluida aquella que mantiene la humanidad con su entorno.

Más sencillamente aún, desde los enfoques materialistas, como el de Darwin, por ejemplo, se considera que la humanidad forma parte integral de la biodiversidad, al mismo título que todas las especies vivas o que hayan vivido.

No se trata ni de reducir a la humanidad a su dimensión puramente biológica, animal, ni de negarla separándola de su medio ambiente.

En segundo lugar, ¿por qué probablemente sea importante abordar esta biodiversidad, aunque sea rápidamente?

Porque varias corrientes de pensamiento reivindican la preservación de la biodiversidad, en primer lugar Extinction Rebellion, que apareció recientemente en los medios.

Entonces, ¿debemos partir de la conservación de la biodiversidad o del combate por la emancipación de la humanidad? ¿Se oponen ambas cosas?

Voy a intentar responder primero a esta cuestión planteando el problema del valor de la biodiversidad «en sí misma», que a menudo se presenta casi como un dogma.

Hay que precisar qué entendemos por ello.

En el marco de una conferencia marxista se espera una discusión acerca de una orientación política; por tanto, se trata de saber si la preservación de la biodiversidad puede constituir una orientación política.

La pregunta puede parecer extraña, pues el discurso ambientalista que se nos repite regularmente tiende a responder afirmativamente.

Los movimientos políticos que presentan como prioridad principal la preservación de la biodiversidad, es decir, como una tarea en sí misma, parten precisamente del hecho de que habría que preservar la biodiversidad «en sí misma».

Ahora bien, sólo en la medida en que interactúa con la humanidad puede la biodiversidad ser incluida dentro de una tarea política. Por tanto, sólo esta parte de la biodiversidad puede plantearse como una cuestión de preservar o no preservar dentro del ámbito político.

El resto de la cuestión de la biodiversidad «en general», incluida aquella parte que no estuviera en interacción con la humanidad, que no se viera afectada por ella ni la afectara a su vez —si es que tal parte existe, pues el desarrollo de los conocimientos confirma la estrecha interacción entre la humanidad y la biodiversidad—, pertenece a otros ámbitos distintos de la política, como por ejemplo la filosofía, las ciencias o incluso la espiritualidad.

Por tanto, partir de esta cuestión del valor de la biodiversidad en sí misma puede parecer, en el mejor de los casos, ingenuo y, en el peor, derivar de una ideología preconcebida, llegando incluso a exagerar ciertos mitos y mistificaciones como los que mencionó Daniel.

Por ejemplo, si vuelvo al oso polar, quizá resulte provocador al decir que el tamaño de las poblaciones de osos polares, lejos de disminuir, se habría multiplicado por dos, e incluso por cuatro, durante las últimas décadas.

La distinción no es anecdótica: preservar la biodiversidad por sí misma conduce a intentar unir al conjunto de la humanidad en la adoración de una especie de becerro de oro divinizado, negando la lucha de clases; mientras que, por el contrario, preservar las condiciones de existencia de la humanidad, incluida la biodiversidad, frente a la considerable degradación cuyo principal responsable es la continuidad y la putrefacción del capitalismo, vuelve a colocar la lucha de clases en el centro del combate y, por tanto, a la clase obrera y la defensa de la inmensa mayoría de la humanidad, la defensa de la tierra y del trabajador.

La conservación de la biodiversidad y el combate por la emancipación de la humanidad, por tanto, no se oponen en absoluto.

¿Existe entonces un interés en preservar esta biodiversidad?

Una manera de responder rápidamente a esta cuestión —lo admito— consiste en interesarse por la utilidad de la biodiversidad para la humanidad, tradicionalmente agrupada bajo aquello que se denomina «servicios ecosistémicos».

La polinización para la agricultura en general, por ejemplo: la agricultura depende de la presencia de insectos polinizadores. Un estudio realizado en Alemania mostró que la biomasa de los insectos había disminuido un 80 % durante los últimos treinta años.

También existen servicios como fuentes de sustancias y moléculas de las cuales proceden medicamentos. Los capitalistas han comprendido muy bien su importancia al intentar patentar los seres vivos.

Existen asimismo otras fuentes que podemos situar en el ámbito recreativo, del ocio, etc.

Quisiera mostrar que la degradación del medio ambiente, incluida la biodiversidad, amenaza ante todo a la clase obrera.

¿Por qué?

Porque el capitalismo degrada los tres niveles de biodiversidad que he señalado, no porque sea en sí mismo un sistema de producción, sino porque este sistema de producción se basa en la búsqueda de la ganancia inmediata.

Lo demuestra el ejemplo de los aerogeneradores mencionado por Pierre hace un momento, que muestra que las «energías verdes» amenazan la pesca, las vieiras y la biodiversidad.

Hemos visto que la interrelación entre la humanidad y su medio ambiente, particularmente la biodiversidad, condiciona la supervivencia de la propia humanidad.

Por tanto, podemos considerar que la degradación del medio ambiente en su conjunto, y de la biodiversidad en particular, afecta siempre a la humanidad de una manera u otra y, ante todo, a la clase obrera, que es la clase más dependiente de su entorno inmediato, la que dispone de menos medios materiales y financieros para alejarse de él cuando está degradado y que, por encima de todo, representa a la inmensa mayoría de la humanidad.

Además, lejos de basar su desarrollo en la evolución de los conocimientos científicos —en la ciencia de la evolución y en la ciencia de la ecología—, el capitalismo desprecia e ignora esos conocimientos, lo que va en contra de aquel famoso uso «juicioso» del conocimiento al que se refería Engels, citado al comienzo de esta conferencia.

Entonces, ¿es posible preservar el medio ambiente sin combatir por el derrocamiento del capitalismo, sin plantear la cuestión de la toma del poder por la clase obrera?

Poner en primer plano la preservación de la biodiversidad en sí misma, como hacen los movimientos ecologistas, sin subrayar la responsabilidad del capitalismo en su incapacidad para preservarla y, por tanto, sin asumir la necesidad vital de romper con el capitalismo mediante la toma del poder por la

clase obrera, puede parecer, en el mejor de los casos, ingenuo y, en cualquier caso, carga con la responsabilidad de intentar desviar el combate de la clase obrera por su emancipación.

Para concluir provisionalmente sobre esta importante cuestión: ¿preservar la biodiversidad? Sí, pero sin separarla de la lucha general de la clase obrera por su emancipación y por el socialismo.

Marc Mouhanna

Quisiera añadir una última referencia: en la revista L'Internationale, n.º 12, publicada en noviembre de 2018, se reproduce una exposición de Daniel Gluckstein titulada «¿Hay que ser ecologista? Marxismo y medio ambiente», que retoma el conjunto de las cuestiones planteadas aquí para los marxistas y la cuestión de la «unión sagrada» en defensa del medio ambiente, y menciona particularmente la resolución de Gérard Bloch de la que hablé.

Daniel Gluckstein

Después de esta página publicitaria para esta excelente revista —y no sólo para su número 12—, a propósito de Gérard Bloch, quien fue el primer trotskista en elaborar una respuesta al surgimiento de la corriente denominada ecología política, me permitiré citar un pasaje de su proyecto de resolución, en el que señala a los «ecologistas»:

> *«Quienes, en los despilfarros y las destrucciones de los recursos naturales llevados a cabo por el capitalismo —despilfarros y destrucciones que adquieren hoy una amplitud sin precedentes en la época de su descomposición— creen ver un problema nuevo, no previsto por el marxismo, y exigen, por consiguiente, su abandono o su revisión. Las diversas tendencias ecologistas tienen en común que ven en los ataques al medio ambiente y a los*

> *recursos naturales aquello que a veces llegan al ridículo de bautizar como "destrucción de la naturaleza", un fenómeno independiente del modo de producción, que sería producto de la "sociedad industrial" o del desarrollo de "nuevas técnicas".»*

Creo que la manera en que Gérard Bloch planteaba la cuestión hace unos cuarenta años conserva hoy plena actualidad.

Hemos hecho cierto número de citas y podríamos hacer muchas otras.

Personalmente me gusta mucho este pasaje de El Capital en el que Marx dice:

> *«El hombre no puede proceder de otra manera que la propia naturaleza, es decir, no hace sino cambiar la forma de las materias; él es el padre y la tierra la madre.»*

Es importante porque toda una serie de corrientes ecologistas reaccionarias —si se me permite este pleonasmo— tienen como característica exaltar «nuestra madre tierra», «las tradiciones indigenistas de América Latina», etc.

Si las siguiéramos, el género humano debería, como todas las especies vivas, subordinarse a una abstracción que sería «nuestra madre tierra».

Así concebida, nuestra madre tierra no sería más que una nueva variedad de divinidad ante la cual los seres vivos tendrían que prestar obediencia.

Por el contrario, la manera en que Marx lo expresa —la fuente de toda riqueza requiere un padre, el ser humano productor, y una madre, la tierra— sitúa correctamente la relación entre ambos, y creo que es en ese sentido como debe plantearse el problema.

Ha habido muchas preguntas y sólo hemos respondido a una parte de ellas. Haré una propuesta para continuar esta reflexión.

Quisiera volver primero sobre varias preguntas que giran en torno a la siguiente idea:

> *«Finalmente, ¿cuál sería una política de un gobierno obrero en materia ambiental? ¿Existen medidas posibles?»*

Veo tres, que son «básicas», pero tienen su importancia.

En primer lugar, ustedes habrán observado que las corrientes ecologistas se acomodan perfectamente a las privatizaciones.

Ahora bien, la primera medida para preservar el medio ambiente debería ser afirmar que en ningún caso los recursos naturales pueden ser propiedad privada de nadie.

Puesto que, por definición, el saqueo, el despilfarro y el mal uso de los recursos naturales, con todas sus consecuencias ambientales, derivan de que individuos privados, en función de sus propios intereses, hagan determinado uso de ellos, la primera medida debería consistir, con toda lógica, en afirmar que todos los recursos naturales deben pertenecer colectivamente al género humano.

Señalemos, de paso, que un gobierno que privatizó enormemente fue el de Jospin, de 1997 a 2002, que tenía la dudosa ventaja de incluir en su seno todas las tendencias de la izquierda institucional: dirigentes del Partido Socialista, la secretaria general del PCF Marie-George Buffet, además de Jean-Luc Mélenchon y Dominique Voynet —en aquel momento una de las principales dirigentes de la ecología política—.

Todos privatizaron a diestra y siniestra, comenzando por EDF-GDF.

Esto merece reflexión.

Me dirijo a todos aquellos que escuchan esta conferencia o que están a nuestro alrededor y que, con toda razón, están sensibilizados y preocupados por las amenazas contra el medio ambiente.

¿Comprendemos bien lo que significa que un gobierno privatice EDF-GDF?

A veces se nos plantean preguntas sobre la energía nuclear.

La mejor garantía de condiciones de seguridad para la energía nuclear y para cualquier producción de energía es que no estén en manos privadas.

Por tanto, sostengo que el primer acto de un gobierno que asumiera la preservación del género humano y, por ello mismo, la preservación de las relaciones entre el género humano y su medio ambiente, sería prohibir toda forma de apropiación privada de los recursos naturales.

Y esto es válido en cualquier parte del planeta, porque esos recursos no pueden pertenecer a un individuo o a un grupo de individuos, sino que deben pertenecer a la colectividad.

La segunda condición es la planificación de la producción, tanto industrial como agrícola, en función de las necesidades de la humanidad, de sus necesidades actuales y futuras.

El saqueo capitalista, la destrucción del medio ambiente y el despilfarro de los recursos naturales proceden del hecho de que todo capitalista o grupo de capitalistas sólo tiene en mente, como decía Engels, su «ganancia inmediata».

Y si la ganancia inmediata exige provocar daños irreparables a determinada parte del medio ambiente, eso importa poco a los capitalistas implicados mientras obtengan su beneficio.

El ejemplo que viene inmediatamente a la mente es la deforestación de la Amazonia.

El ser humano siempre ha practicado la deforestación, y tanto mejor, porque de otro modo no veo cómo habría podido desarrollarse.

Pero hemos llegado a una etapa en la que la deforestación industrial de la Amazonia amenaza toda una serie de equilibrios biológicos y ambientales.

Los grandes trusts que hoy llevan a cabo estas deforestaciones industriales lo hacen porque su única preocupación es la ganancia inmediata, no el futuro de la humanidad ni el papel de la Amazonia como pulmón verde de la Tierra, ni tampoco su relación con las poblaciones indígenas.

Un gobierno cuya única preocupación fuera la defensa del género humano plantearía el problema, por ejemplo respecto de la Amazonia, de evaluar el uso que puede hacerse de ella y los límites de ese uso, no sólo para la existencia de las poblaciones actuales, sino para la existencia de las generaciones futuras.

La cuestión de la renovación de los recursos planteada por Pierre es una cuestión sobre la cual se dicen muchas tonterías, pero debe ser posible adoptar un enfoque científico, medido y cuantificable, que tome en cuenta todos los elementos y que, lejos de caer en el «decrecimiento», se inscriba, por el contrario, en un crecimiento y una explotación de los recursos compatibles con la satisfacción de las necesidades humanas.

Pero esto exige la planificación, que se opone a la anarquía capitalista, a lo que se denomina el principio de «libre competencia», según el cual todo capitalista y todo grupo de capitalistas tiene derecho a hacer lo que quiera siempre que pueda justificar que ello produce ganancias.

La tercera condición es que la clase que produce todas las riquezas, la clase de los productores, la clase obrera en sentido amplio, debe poder ejercer su control absoluto sobre el conjunto de los datos e informaciones ambientales y científicas, y hacerlos públicos. Por el momento, nos encontramos en una situación de total opacidad, e incluso los científicos independientes y de espíritu libre sólo tienen acceso a una parte de la información.

Es evidente que un gobierno al servicio de los intereses de la humanidad y de la clase obrera debería hacer públicos todos los datos, todos los estudios, confrontarlos en sus aspectos contradictorios, convocar a la comunidad científica y al conjunto de la población para intervenir en este debate: ¿qué es peligroso?, ¿qué no lo es?, ¿qué debe hacerse? Todo ello bajo el control de la clase organizada de los productores, que no tiene interés particular en la destrucción del género humano y de su medio ambiente, puesto que ella es el género humano y forma parte de ese medio ambiente.

Incluiría aquí una cuarta medida: la publicación íntegra, en tiempo real, de todos los documentos y trabajos científicos. Naturalmente, por sí sola, esta medida no resolverá ninguno de los problemas mencionados, pero es la condición para abordarlos desde una perspectiva completamente distinta de aquella con la que se abordan hoy.

Estas cuestiones son de extrema importancia. Plantean el problema de luchar por la defensa del género humano y de su medio ambiente. Un camarada plantea la pregunta: ¿la defensa de los trabajadores, de sus reivindicaciones, integra las cuestiones llamadas «ecológicas»? Por supuesto, las integra en las condiciones en que la clase obrera puede apoderarse de ellas. Cuando el pueblo de Kanaky se levanta contra la venta por una multinacional brasileña de las minas de níquel a un consorcio suizo, lo que hace que las condiciones de extracción del níquel escapen totalmente a su

control, lo hace por la preservación de la población frente a lo que le parece el riesgo más importante en este terreno.

El gobierno en Francia, entre las numerosas medidas reaccionarias que ha adoptado, suprimió los CHSCT —comités de higiene, seguridad y condiciones de trabajo—, es decir, el organismo en el que los delegados obreros podían, en todas las circunstancias, intervenir contra aquello que amenaza la salud de los trabajadores, lo que incluye los accidentes de trabajo, pero también el medio ambiente y la contaminación. El combate por restablecer los CHSCT es una reivindicación sindical elemental que integra esta dimensión.

¿Y el amianto? Amianto que ha causado y causa decenas de miles, cientos de miles de víctimas en este país todavía hoy. Podríamos dar ejemplos de casos en los que la prueba está hecha y reconocida por las autoridades sanitarias —conozco casos precisos— de que los trabajadores han sido contaminados por el amianto, y miles de otros podrían haberlo sido, y en los que los patrones de empresa o los dirigentes de las colectividades territoriales no toman ninguna medida.

Porque, evidentemente, retirar el amianto de un gran número de edificios públicos en los que trabajan esos asalariados plantea un problema de recursos. Y volvemos a las cuestiones políticas, como decía Adrien a propósito de la biodiversidad. El amianto es un problema político, desde el momento en que las políticas de austeridad dictadas por Maastricht y retransmitidas por todos los gobiernos impiden adoptar la medida elemental de salvaguarda que consistiría en evacuar inmediatamente todos los edificios susceptibles de contener amianto y reubicar los puestos de trabajo, y tomarse todo el tiempo y adoptar todas las medidas necesarias para retirar el amianto o destruir los locales afectados. Esto no lo hace nadie: ni los gobiernos de derecha, ni los gobiernos «de izquierda», ni siquiera esos mismos partidos «de izquierda» que, cuando gestionan las colectividades territoriales, son

capaces, con la mano en el corazón, de jurar su fe en la ecología, los mismos que nos invitan a no tirar botellas de plástico o qué sé yo. Este doble discurso tiene un cinismo que un partido obrero revolucionario debe denunciar permanentemente.

Vamos a contracorriente, no porque nos desinteresemos de las cuestiones ambientales, sino porque denunciamos la hipocresía y los discursos de Tartuffe de quienes sólo tienen la ecología en la boca mientras que, en la vida real, son los mayores facilitadores de la destrucción del medio ambiente.

No son los marxistas quienes convierten la cuestión ambiental en una «cuestión aparte», sino quienes utilizan el argumento de la ecología para intentar ocultar la existencia de las clases sociales y negar la lucha de clases. Son ellos quienes impiden actuar eficazmente.

Uno de sus argumentos es la «culpabilización individual». Un camarada dice en su pregunta: «No sé cómo responder a mis hijos, que me consideran tibio en las cuestiones ambientales, que me reprochan no dar suficiente importancia al hecho de no tirar botellas de plástico en cualquier sitio, o incluso evitar utilizar botellas de plástico, y me reprochan abordar las cosas desde un ángulo demasiado estrechamente de "lucha de clases". ¿Qué responderles?»

No me sorprende. Los jóvenes son particularmente sensibles a estas cuestiones por razones algunas de las cuales son buenas —la inquietud por el futuro— y otras son producto de la apisonadora de la propaganda a la que están sometidos desde la más tierna edad. Quienes llegan hoy a la edad adulta han recibido el ecologismo y el desarrollo sostenible en el biberón desde el jardín de niños, debido a la propaganda gubernamental.

Inevitablemente, cuando se educa a generaciones enteras diciéndoles que ése es «el problema principal del momento»,

«la amenaza que borra todas las demás», eso pesa sobre las conciencias. Lo cual no significa que la amenaza no exista.

A los hijos hay que responderles dos cosas. En primer lugar, la «culpabilidad individual o colectiva» nunca ha resuelto ningún problema y es incluso un principio muy peligroso. Se nos dijo que los alemanes eran «todos responsables» del nazismo. No, no existe responsabilidad colectiva.

Y, sobre todo, la única respuesta es ésta: ¿están decididos a luchar contra las amenazas que pesan sobre el medio ambiente? Tienen mil veces razón. Y la IV Internacional no les dice que no lo hagan; todo lo contrario.

Simplemente, hay que comprender que la lucha no pasa por utilizar o no agua en botellas de plástico, aunque comprendamos las decisiones individuales de unos y otros. La lucha pasa por el hecho de que quienes hoy fabrican las botellas de plástico son los mismos que fabricarán la alternativa a las botellas de plástico y que, una vez que todo el mundo haya dicho que hay que terminar con las botellas de plástico, habrán inventado otra cosa, porque su problema no es preservar o no las botellas de plástico, sino preservar la ganancia a cualquier precio.

Por consiguiente, si tiene que haber lucha —y la lucha es necesaria—, no pasa en primer lugar por los comportamientos individuales, sobre los cuales cada uno puede tener su punto de vista, y naturalmente no recomendamos los puntos de vista más irresponsables. Pero hay que decir las cosas claramente: no son los comportamientos individuales virtuosos o supuestamente tales, ni las prácticas llamadas virtuosas de millones de seres humanos, los que volverán virtuoso al capitalismo. Eso es una ilusión.

Por consiguiente, la lucha no debe equivocarse de objetivo. Repitámoslo: sí, el medio ambiente está amenazado,

pero lo está porque el género humano está amenazado, y ambos son inseparables.

Hace dos días, un informe de la ONU hizo pública la cifra de refugiados y desplazados en el mundo, que acaba de batir un récord absoluto jamás alcanzado. Hay más de 80 millones de personas refugiadas o desplazadas en el mundo, cifra que no incluye a los millones obligados por las condiciones económicas de sus países a intentar llegar a Europa ahogándose en el Mediterráneo o hacinándose en los campos de refugiados de Grecia. No, se trata «solamente» de 45 millones de personas desplazadas dentro de sus propios países, 30 millones de refugiados y desplazados fuera de sus países y 4 millones de solicitantes de asilo. Y se precisa que la mayoría son desplazados por las guerras, las masacres y los saqueos.

¿Podemos establecer una escala diciendo: por un lado está lo que amenaza al medio ambiente y, por otro, el problema subordinado de esos 80 millones de personas expulsadas de sus hogares? Es exactamente el mismo problema.

El periódico Les Échos, periódico del capitalismo serio, en su número del 9 de diciembre, nos da una imagen de la situación: dos páginas, dos titulares. A la izquierda: «Por qué Wall Street bate todos los récords». Pues sí, desde comienzos de año los capitalistas que especulan en la Bolsa de Nueva York han batido todos sus récords. En la página de la derecha, el titular señala: «Francia teme una ola de quiebras el próximo año». De un lado, el hundimiento económico, la condena al desempleo y a la miseria de cientos de miles de trabajadores, quizá más; del otro, ganancias gigantescas.

Y, por tomar sólo la actualidad inmediata, la prensa estadounidense del 9 de diciembre, ese mismo día, nos informa que 651 multimillonarios estadounidenses habían acumulado desde el comienzo de la pandemia «1 billón de dólares adicionales añadidos a su fortuna actual». Esos 651

multimillonarios tenían en marzo «sólo» 3 billones de dólares. En nueve meses, su fortuna aumentó un 36 % y superó la barrera de los 4 billones de dólares. El boletín que ofrece estas estadísticas hace el siguiente cálculo: «Con esta suma se podrían dar 3,000 dólares a cada ser humano que vive en Estados Unidos y, para una familia de cuatro personas, eso representaría 12,000 dólares (...) Esta riqueza equivale al doble de lo que posee, en conjunto, la mitad de la población de Estados Unidos: 165 millones de habitantes».

¿Podemos separar las cuestiones del medio ambiente de estas cuestiones?

Que los jóvenes estén angustiados por el futuro de la humanidad en general no sólo es legítimo, sino que constituye un punto de partida para la acción revolucionaria.

A los jóvenes les decimos: no se dejen engañar por la idea según la cual los «problemas ambientales» serían distintos de las demás cuestiones, sobre todo hoy.

Sobre todo ustedes, jóvenes estudiantes cuyas facultades están cerradas desde hace semanas y semanas, a quienes el gobierno expulsó de la universidad y a quienes pretende mantener expulsados todavía hasta enero y febrero.

Ustedes, esos cientos de miles de estudiantes empujados hacia lo que los medios llaman pudorosamente «una situación de angustia», ya sea angustia alimentaria, psicológica, moral o material.

Ustedes, estudiantes de bachillerato a quienes el gobierno, cínicamente y con la complicidad de ciertos aparatos sindicales, ha condenado a perder la mitad de su escolaridad, que languidecen en casa un día de cada dos, ustedes cuyo bachillerato ha sido reducido a un pedazo de papel.

Ustedes, jóvenes de los suburbios a quienes el único futuro prometido es convertirse en «autoempresarios» y pasar

doce horas al día sobre una motocicleta para intentar ganar 10 o 15 euros sin lograrlo.

Ustedes todos, no se dejen engañar pensando que la suerte de los osos polares, el calentamiento climático o la industria nuclear podrían encontrar respuestas al margen de las respuestas que tienen derecho a exigir para ustedes mismos, es decir: un verdadero trabajo, un verdadero salario, verdaderos estudios, verdaderos títulos, un futuro.

No habrá futuro para el medio ambiente si no hay futuro para ustedes, la juventud.

Los capitalistas los alientan, con un enorme despliegue de propaganda, a seguir a Greta Thunberg, a aplaudirla en la ONU, a hacer campaña sobre esto o aquello: ¡eso es un camuflaje!

No caigan en la trampa de esta propaganda que cuenta con el apoyo de los gobiernos y de los medios oficiales del mundo entero, y según la cual vuestro futuro plantearía ante todo la cuestión del medio ambiente.

Reivindiquen un futuro, luchen por un futuro, pero reivindiquen un futuro que salve a la humanidad y, por tanto, a su medio ambiente.

Eso es lo que la IV Internacional tiene que decirles.

Sí, los jóvenes tienen razón en rebelarse.

Pero la rebelión debe apuntar al verdadero adversario: el sistema capitalista basado en la propiedad privada de los medios de producción, que destruye vuestras vidas, nuestras vidas y que, en ese mismo movimiento —y esto es inevitable—, pretende destruir el medio ambiente.

Sí, sólo una economía y una sociedad fundadas en la satisfacción de las necesidades humanas permitirán un desarrollo controlado del género humano y de la naturaleza.

Por consiguiente, en este terreno como en todos los demás, hay que rechazar cualquier concesión a la «unión sagrada» y combatirla.

Del mismo modo que debe combatirse la unión sagrada frente al Covid, porque implica que los trabajadores deberían renunciar a defender sus reivindicaciones y que sus organizaciones deberían someterse a Macron —como, por otra parte, hicieron los partidos políticos «de izquierda», que el pasado 19 de marzo votaron los 343 mil millones solicitados por Macron para subvencionar a los capitalistas—.

De la misma manera, no puede aceptarse ninguna forma de «unión sagrada: todos unidos para salvar el planeta».

El género humano que vive sobre el planeta y el medio ambiente del planeta están amenazados de destrucción por los mismos que llaman a organizar ceremonias oficiales en torno a estas cuestiones.

La IV Internacional llama a la lucha unida de los trabajadores y de la juventud para derrocar el capitalismo, es decir, para arrebatar el poder a quienes poseen los medios de producción y reorganizar toda la sociedad, su economía y su producción a partir de las necesidades humanas.

Es evidente que la conferencia que hemos celebrado hoy apenas ha rozado cierto número de temas.

En primer lugar, porque, en la situación actual, dadas las condiciones actuales de acceso al conocimiento, hay preguntas a las que resulta difícil responder.

Y, por otra parte, porque el tiempo es corto y no nos aventuraremos a dar respuestas tajantes sobre tal o cual cuestión.

Pero esta conferencia demuestra que el compromiso que asumimos de constituir una comisión de medio ambiente de

la sección francesa de la IV Internacional y de trabajar en esta elaboración ha comenzado a ponerse en práctica.

Por tanto, ustedes que participan en esta conferencia, si consideran que esta manera de abordar la cuestión responde a las necesidades de la humanidad, están invitados a incorporarse a la IV Internacional, a participar en sus Grupos de Estudios Revolucionarios (GER).

Y aquellos de ustedes que tengan un interés más específico por estas cuestiones de la relación entre el medio ambiente y el género humano, no duden en escribir a la comisión de medio ambiente de la TCI y hacerle llegar sus sugerencias y propuestas.

Se les responderá y quizá continuemos esta conferencia con otras conferencias sobre el mismo tema, disponiendo de más tiempo para cada una y abordando cuestiones más específicas.

Nos tomaremos el tiempo necesario para continuar públicamente esta elaboración.

Los marxistas no se sienten incómodos ante la cuestión del medio ambiente.

Plantearon esta cuestión antes que todos los pretendidos ecologistas.

Continuarán planteándola cuando otros ya la hayan olvidado, y mientras el medio ambiente y la humanidad continúen siendo prisioneros de la política destructiva de un capitalismo agonizante.

Notas

(1) Cf. Engels, Anti-Dühring, Éditions sociales, 1971, p. 333.

(2) Ibid., p. 316:

> *«Las fuerzas socialmente actuantes obran exactamente como las fuerzas de la naturaleza:*

ciegas, violentas, destructoras, mientras no las conozcamos ni contemos con ellas. Pero una vez que las hemos reconocido, que hemos comprendido su actividad, su dirección y sus efectos, depende únicamente de nosotros someterlas cada vez más a nuestra voluntad y alcanzar nuestros fines gracias a ellas. Y esto es particularmente cierto respecto de las enormes fuerzas productivas actuales. Mientras nos neguemos obstinadamente a comprender su naturaleza y su carácter —y contra esta comprensión se rebelan el modo de producción capitalista y sus defensores—, esas fuerzas producen sus efectos a pesar de nosotros, contra nosotros; nos dominan, como hemos expuesto detalladamente. Pero una vez comprendidas en su naturaleza, pueden transformarse, en manos de los productores asociados, de señoras demoníacas en dóciles servidoras. Es la misma diferencia que existe entre la fuerza destructora de la electricidad en el rayo de una tormenta y la electricidad dominada del telégrafo y del arco eléctrico; la misma diferencia que existe entre el incendio y el fuego puesto al servicio del ser humano. Al tratar de la misma manera las actuales fuerzas productivas, después de haber reconocido finalmente su naturaleza, se ve sustituida la anarquía social de la producción por una regulación socialmente planificada de la producción, conforme a las necesidades de la comunidad y de cada individuo; así, el modo capitalista de apropiación, en el cual el producto esclaviza primero al productor y después también al apropiador, es sustituido por el modo de apropiación de los productos basado en la naturaleza misma de los medios modernos de producción: por una parte, apropiación social directa como medio para mantener y desarrollar la producción; por otra,

> *apropiación individual directa como medio de existencia y disfrute.»*

(3) La Vérité, órgano de la IV Internacional reproclamada en 1993, cuya continuidad política es el CORCI.

Defender a la humanidad y su medio ambiente

Contraportada

Este folleto presenta una defensa marxista de la humanidad y su medio ambiente. Frente a la destrucción ecológica provocada por el capitalismo, sus autores sostienen que la lucha por preservar la naturaleza no puede separarse de la lucha de clases, de la defensa de los trabajadores y de la transformación revolucionaria de la sociedad.

A partir de referencias a Marx, Engels y la experiencia histórica del movimiento obrero, el texto polemiza con el ecologismo burgués, denuncia la hipocresía de los gobiernos y las grandes empresas, y plantea que sólo una organización social basada en la satisfacción de las necesidades humanas podrá poner fin al saqueo de la naturaleza.

Esta edición en español busca poner este debate al alcance de nuevos lectores, militantes, estudiantes y trabajadores.

- ***Capitalismo y destrucción ambiental***
- ***Trabajo, naturaleza y lucha de clases***
- ***Crítica al ecologismo burgués***
- ***Perspectiva socialista e internacionalista***



LCI
Liga Comunista Internacionalista

Por la defensa de la humanidad, el trabajo y la naturaleza.